

Gracias Heidegger

Hugo Mujica

Buenos Aires (Argentina)

En la década del 50, estaba *en el aire*, en mi tierra argentina, el existencialismo, yo, adolescente entonces, devoraba cuanta literatura de tal impronta lograba amargarme la vida, ignoro aún porqué me hacía sentir tan bien el sentirme tan mal, pero, como dije, estaba en el aire y yo adolecía de todo y no solo de adolescencia, lo que me ponía –y me enorgullecía entonces– al borde de la *nada* (preciada y valorada palabra que comenzaba a hacer su presentación en sociedad)... Mitad pose mitad verdad, era mi comienzo en el mundo del pensar, pensar e imaginar... En medio de tanta *nausée* francesa y tanta *noia* italiana, un pintor amigo, ya iniciada otro nueva década, me habló de Martín Heidegger, otro existencialista –así se lo recibió en esos años– que empezaba a estar en boga y moda entre la gente creativa... Desde entonces me acompaña, desde entonces que ya es casi desde siempre.

Porqué empecé tan inmaduramente a leer lo que leía sin comprender me habitué a comprender sin entender, aprendí, entre equívocos y errancias, a obligarme a mí mismo a pensar desde lo otro y no sobre lo otro, a traer a mí algo para masticar y no ya digerido por otro, a indigestarme, pero alimentarme al fin con lo que aún porta jugo, savia. Aprendí a identificar pensar con crear, y, en Heidegger, o desde él, o en él, lo vivencie, diría yo y para mí: avalado, legalizado. Alguien, con el peso que él tenía para mí, buscaba y lograba hacerlo.

Creo que Heidegger, retomo y sintetizo, lo que me enseñó, de lo que de él aprendo, no fue lo que él pensó sino el pensar, el pensar como verbo, como conjugación: ese merodear y demorar, ese cercar sin apresar... cercanía y extrañeza: palpito. Y pudor. Y sobre todo recepción, acogida... de camino, como los andantes de su Serenidad.

Heidegger, en él, aprendí que lo que uno dice puede, y debe, estar en lo dicho, sino no dice, repite. Extiende lo que ya es: no trae a ser, no da a nacer.

Si tomo de Kant su distinción entre “conocer” o “tener” mundo, diría que Heidegger me hizo *tenerlo*, y no sólo mundo sino pensamiento: me hizo entrar en el juego, me abrió el y al juego del ser... Pensar y preguntar sin nunca llegar y en ese juego estar. Sí, algo de eso, pensar como jugar, como el juego en que nos jugamos la vida. Jugar, pensar: crear. Crear pensando: porque lo que tenemos que pensar no es... y Heidegger en esto es claro: hay lo que no es, ese hay sin ser que llamamos misterio, o algo así.

Para mí pensar es crear (o a su defecto es bostezar) y, como poeta más que como filósofo, que no lo soy, pienso con palabras no con conceptos, y algo de eso también fue Heidegger. Lo aprendí en su ejercicio de escuchar, para pensar y transmitir, palabras, palabras originales, esenciales, liberadas de la ganga de la costumbre y el enrejado de la gramática. Creo que eso hacía Heidegger: primero las escuchaba, las dejaba hablar. Pensar entonces como acoger... serenamente. Y también, ¿porqué no?, divagar y así ensanchar, liberarse de la línea recta que –nos enseñó uno de sus maestros, Nietzsche– que siempre miente.

Nunca me sedujo tanto el qué sino el cómo de su pensar, el que diría que me es connatural, no me sorprende tanto, me fascina sí el cómo suyo. Para mí leer a Heidegger no es un encuentro con un contenido sino con una hondura, me deja llegar hasta donde él abrió el pensar... y allí –en su “claro”, su hondura– pienso yo, gracias a él.

Es decir: gracias Heidegger por darme a sentir gratitud.